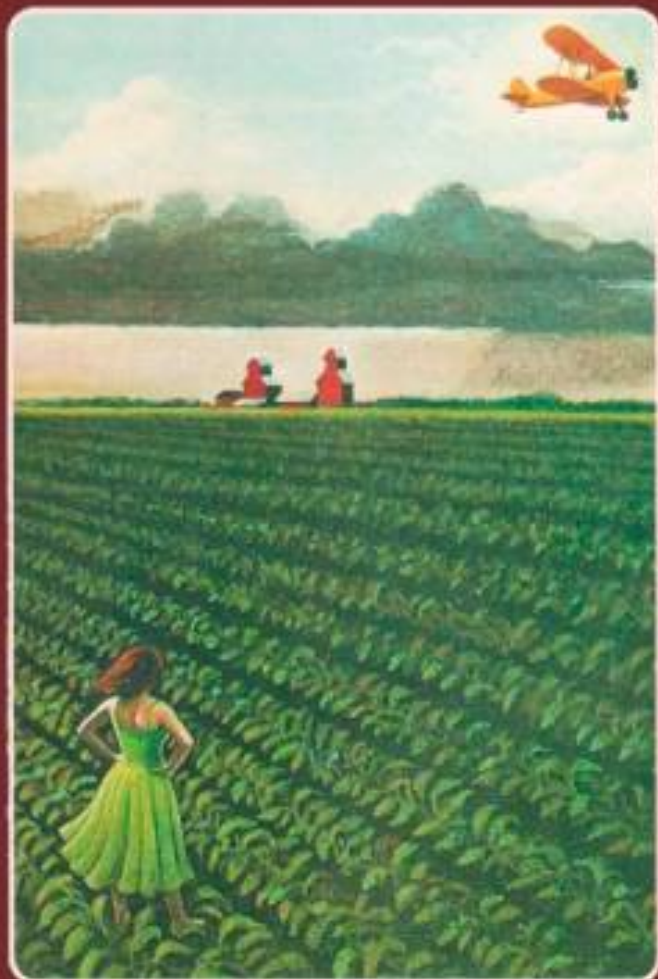


Louise Erdrich

La Reina de la Remolacha



Esta extraordinaria segunda novela de Louise Erdrich, «La Reina de la Remolacha», empieza en una fría mañana de invierno a principios de los años treinta, mucho antes de que los campos se cubrieran de remolacha, cuando los hermanos Karl y Mary Adare, aún adolescentes, llegan a Argus, pequeña población cercana a una reserva india de Dakota del Norte, cuyo único contacto con el exterior es el ferrocarril. Al quedar huérfanos en extrañas circunstancias, Karl y Mary deciden buscar refugio en casa de una tía, casada con el carnicero del pueblo.

Los protagonistas de esta inolvidable historia de obsesivas pasiones son aparentemente corrientes, pero irradian todos ellos como una inaprensible presencia mágica: además de Karl y Mary, están, por ejemplo, la prima Sita, hermosa, alborotada, ambiciosa y celosa; Wallace Pfef, presidente de la Cámara de Comercio de Argus, portador de un inviolable secreto; Celestine James, una mestiza chippewa, y su hija Dot, a quien los lectores de «Filtro de amor» conocieron ya en esta primera novela de la autora.

A lo largo de cuarenta años, todos los personajes de esta saga familiar —teñida en todo momento de un sutil humor negro— se enfrentan, se repudian y vuelven a reunirse inevitablemente. La suya es una historia cimentada en la tenacidad de conflictivas relaciones de amor y amistad y en la magia del insalvable misterio de la condición humana.

Índice de contenido

La rama

Primera Parte

Capítulo uno (1932)

MARY ADARE

La noche de Karl

Capítulo dos (1932)

SITA KOZKA

MARY ADARE

CELESTINE JAMES

Rescate

Capítulo tres (1932)

KARL ADARE

Vista aérea de Argus

Segunda Parte

Capítulo cuatro (1941)

MARY ADARE

El Picnic de los Huérfanos

Capítulo cinco (1950)

SITA KOZKA

El casamiento de Sita

Capítulo seis (1952)

KARL ADARE

La noche de Wallace

Capítulo siete (1953)

CELESTINE JAMES

La noche de Mary

Capítulo ocho (1953)

SITA KOZKA

La noche de Russell

Capítulo nueve (1954)

WALLACE PFEF

La noche de Celestine

Tercera Parte

Capítulo diez (1960)

MARY ADARE

La noche de Sita

Capítulo once (1964)

CELESTINE JAMES

El aviorama

Capítulo doce (1964)

WALLACE PFEF

El ox Motel

Cuarta Parte

Capítulo trece (1972)

CELESTINE JAMES

SITA TAPPE

MARY ADARE

El héroe más condecorado

Capítulo catorce (1971)

WALLACE PFEF

El pasajero

Capítulo quince (1972)

KARL ADARE

La tribuna

Capítulo dieciséis (1972)

DOT

A Michael:
cómplice en
cada palabra, esencial
como el aire

Agradezco, primero, a mi padre Ralph Erdrich y también a mi abuela Mary Erdrich Korll, a nuestro editor Richard Seaver, a nuestra tía Virginia Burkhardt por su generoso entusiasmo y su admiración, a Charles Rember, y a Barbara Bonner, amiga y apasionada lectora.

La Rama

Mucho antes de que en Argus se plantaran remolachas y construyeran autopistas ya había un ferrocarril. Por sus vías, que atravesaban la frontera entre Dakota y Minnesota y se extendían hasta Minneapolis, llegaron todas las cosas que hicieron esta ciudad. Las cosas que la echaban a perder también se fueron por ese camino. Una fría mañana de primavera de 1932 el tren, un tren de mercancías, trajo a la vez una adición y una sustracción. Ambas llegaron a Argus con los labios morados y los pies tan entumecidos que, cuando saltaron del vagón, tropezaron y se rasguñaron las palmas y las rodillas sobre el suelo de cenizas.

El chico, alto para sus catorce años, estaba encorvado por el brusco crecimiento y era muy pálido. Tenía la boca dulcemente curvada, la piel fina y de niña. Su hermana sólo tenía once, pero era ya tan baja y corriente que evidentemente sería igual toda su vida. Su nombre era práctico y aladrado, como ella misma. Mary. Se sacudió el abrigo e hizo frente al viento mojado. Entre los edificios sólo podía ver más horizonte desnudo y, de vez en cuando, hombres que lo atravesaban. En esa época el trigo era la cosecha principal y el suelo fértil había sido arado hacía tan poco que todavía no había volado íntegro, como en Kansas. En realidad, las cosas eran generalmente mucho mejores en el este de Dakota del Norte que en la mayoría de los lugares, y por eso Karl y Mary Adare habían venido en ese tren. Fritzie, la hermana de su madre, vivía en el límite oriental de la ciudad. Ella y su marido eran dueños de una carnicería.

Los dos Adare se metieron las manos en las mangas y echaron a andar. Una vez que empezaron a moverse entraron en calor, aunque habían estado viajando toda la noche

y el frío había calado hondo. Se dirigieron hacia el este por la ancha calle principal de tierra y tablones, leyendo los letreros en todas las tiendecillas improvisadas que veían y hasta las letras doradas del edificio de ladrillo del banco. Ninguno de esos sitios era una carnicería. De pronto las tiendas se acabaron y se inició una serie de casas, grisáceas debido a la intemperie o a la pintura resquebrajada, con perros atados a la barandilla del porche.

En los patios de unas pocas casas había árboles jóvenes y uno de ellos, tenue, un arañazo de luz sobre el gris universal, agitaba un chal de flores. Mary avanzó firmemente, casi sin mirarlo, pero Karl se detuvo. El árbol lo atrajo con su delicada fragancia. Sus mejillas se colorearon, estiró los brazos como un sonámbulo y con un largo movimiento extático flotó hasta el árbol y hundió la cara entre los pétalos blancos.

Cuando se volvió a mirar a Karl, Mary se asustó porque se había quedado muy rezagado y estaba inmóvil, con la cara apretada contra las flores. Gritó pero él no dio muestras de oír: estaba paralizado, extraño, entre las ramas. No se movió ni siquiera cuando el perro ladró y tiró de su cuerda. No advirtió que la puerta de la casa se abría y que una mujer salía precipitadamente. Le gritó a Karl, pero él no respondió y ella desató el perro. Grande y ansioso, avanzó dando amplios saltos. Y luego, para protegerse o para coger las flores, Karl se estiró y arrancó una rama del árbol.

Era una rama tan grande, y el árbol tan pequeño, que el moho atacaría la cicatriz. Las hojas caerían más tarde ese verano y la savia retornaría a las raíces. La primavera siguiente, cuando Mary pasó por su lado para hacer algún recado, vio que no había florecido y recordó que, cuando el perro se había lanzado contra Karl, él lo había amenazado con la rama y los pétalos habían caído alrededor del fiero cuerpo extendido del perro como súbita nieve. Luego había gritado: «¡Corre!», y Mary había corrido hacia el este,

hacia tía Fritzie. Pero Karl había corrido de vuelta hacia el tren, hacia el vagón de carga.

Primera Parte

Capítulo uno (1932)

MARY ADARE

De modo que así fue como llegué a Argus. Yo era la niña del abrigo tieso.

Después de correr ciegamente y detenerme asustada al no ver detrás a Karl, lo busqué con la mirada y oí el pitido largo y agudo del tren. Fue entonces cuando comprendí que probablemente Karl había saltado al mismo vagón de carga y ahora estaba acurrucado entre la paja mirando por la puerta abierta. La única diferencia era la rama fragante que florecía en su mano. Vi el tren que se arrastraba como una sarta de cuentas negras por el horizonte, como he visto tantas veces después. Cuando se perdió de vista me miré los pies. Tenía miedo. No era que sin Karl no tuviera nadie que me protegiera, sino exactamente al revés. Sin nadie a quien cuidar y proteger, me sentía débil. Karl era más alto que yo pero escuálido, y por supuesto mayor, pero temeroso. Padecía fiebres que lo sumían en un estupor soñoliento y era muy sensible a los ruidos estridentes y a las luces crueles. Mi madre decía que era delicado pero yo era todo lo contrario. Era yo la que mendigaba manzanas demasiado maduras en la tienda y robaba crema de leche del patio trasero de la lechería de Minneapolis, donde estábamos viviendo el invierno siguiente a la muerte de mi padre.

Esta historia empieza en ese entonces, porque antes y de no ser por el año 1929, nuestra familia probablemente

habría seguido viviendo cómodamente en una casa blanca aislada y solitaria en la orilla del lago Prairie.

Rara vez veíamos a nadie. Sólo estábamos nosotros tres: Karl, yo y nuestra madre, Adelaide. Incluso entonces había en nosotros algo diferente. Nuestro único visitante era Ober, un hombre con una barba negra cuidadosamente recortada. Era propietario de todo un condado de trigales en Minnesota. Dos o tres veces por semana aparecía al atardecer y guardaba su coche en el establo.

Karl odiaba las visitas del señor Ober, pero yo las esperaba porque siempre alegraban a mi madre. Era como si en casa cambiara el clima. Recuerdo que la última noche que vino el señor Ober, ella se puso el vestido de seda azul y el collar de piedras brillantes que, como sabíamos, le había regalado él. Se hizo un moño con su trenza de color rojo oscuro y lo sujetó con alfileres y luego me cepilló el pelo con cien suaves pasadas iguales. Cerré los ojos y la escuché contar.

—Esto no lo has heredado de mí —dijo finalmente, mientras dejaba caer el pelo lacio y negro sobre mis hombros.

Cuando llegó el señor Ober, fuimos con él a la sala. Karl, en el sofá de crin, fingía fascinación por los losanges rojos tejidos de la alfombra. Como era habitual, el señor Ober me eligió a mí para sus mimos. Me puso en sus rodillas, llamándome Schatze.

—Para su pelo, señorita —dijo, mientras sacaba del bolsillo de la chaqueta una cinta de satén verde. Tenía una voz grave, pero me gustaba su sonido en contrapunto con la de mi madre o cubriéndola. Más tarde, cuando nos enviaron a la cama a Karl y a mí, me quedé escuchando, despierta, las voces adultas que se elevaban, enredaban y caían, primero en la sala de la planta baja y luego, apagadas, en el comedor. Oí que ambos subían las escaleras. Se cerró la gran puerta al final del pasillo. Mantuve los ojos abiertos. Oscuridad, los crujidos y sobresaltos de una casa por la no-

che, el viento en las ramas, golpeteando. Por la mañana él se había marchado.

El día siguiente Karl estuvo enfurruñado hasta que nuestra madre le devolvió el buen humor con besos y abrazos. Yo también estaba triste, pero conmigo ella no tenía paciencia.

Karl siempre cogía antes que nadie el periódico del domingo para ver los cómics, de modo que fue él quien descubrió en la primera página la foto del señor Ober y su esposa. Había habido un accidente durante la carga del trigo en un silo y el señor Ober había muerto asfixiado. Madre y yo estábamos limpiando los cajones de la cocina y recorriendo papel blanco para forrarlos cuando Karl trajo el periódico y nos lo mostró. Recuerdo que Adelaide llevaba el pelo peinado en dos trenzas rojas torcidas y que cayó al suelo cuan larga era. Karl y yo nos agachamos a su lado, muy cerca, y cuando abrió los ojos la ayudé a sentarse en una silla.

Movía la cabeza hacia atrás y adelante, no quería hablar y se estremecía como una muñeca rota. Luego miró a Karl y vio que él no lo sentía.

—¡Tú te alegras! —exclamó.

Karl apartó la cabeza, hosco.

—¡Era tu padre! —dijo ella.

Así se supo.

Mi madre sabía que ahora había perdido todo. La mujer de él sonreía en la foto. Nuestra gran casa blanca estaba a nombre del señor Ober, junto con todo lo demás, excepto un coche que Adelaide vendió la mañana siguiente. El día del funeral cogimos el tren de mediodía a las Ciudades sólo con lo que podíamos llevar en maletas. Mi madre pensaba que allí, con su figura y su buen aspecto, podría encontrar trabajo en una tienda elegante.

Pero no sabía que estaba embarazada. No sabía cuánto costaban verdaderamente muchas cosas. Seis meses después el dinero se acabó y estábamos desesperados.

Yo no supe lo mal que estábamos hasta que mi madre robó una docena de pesadas cucharas a la patrona, que era amable o al menos no tenía nada contra nosotros, y a quien mi madre consideraba una amiga. Adelaide no dio explicaciones cuando descubrí las cucharas en su bolsillo. Días después desaparecieron y Karl y yo tuvimos gruesos abrigos. Además había un montón de plátanos verdes en nuestro estante. Durante varias semanas bebimos botellas de litro de crema de leche y comimos tostadas con mantequilla y una buena capa de mermelada. Creo que poco después el niño estaba a punto de nacer.

Una tarde mi madre nos envió abajo con la patrona. La mujer era corpulenta y tan insulsa que he olvidado su nombre, aunque recuerdo vívidos detalles de todo lo que ocurrió en esa ocasión. Era una tarde fría de finales del invierno. Mirábamos la vitrina donde se guardaban, después del robo, los platos pintados y los porta tazas de plata. Los contornos de nuestras caras nos miraban como fantasmas. De vez en cuando Karl y yo oíamos que alguien gritaba. Una vez algo pesado golpeó en el suelo directamente sobre nuestras cabezas. Ambos miramos al cielorraso y extendimos los brazos como para recogerlo. No sé qué pasó por la mente de Karl, pero yo pensé que era el niño, pesado como el plomo, cayendo en línea recta a través de las nubes y del cuerpo de mi madre. Yo tenía una idea confusa del proceso del nacimiento. Fuera como fuese, ninguna explicación que yo pudiera soñar justificaba el largo grito que desgarró el aire, blanqueó la cara de Karl e hizo que se cayera de la silla hacia adelante.

Yo había renunciado a revivir a Karl cada vez que se desvanecía. Confiaba en que volvería en sí por sí solo, como ocurría siempre, con aire amable y deslumbrado y algo ali-